



DOSSIER DE PRENSA

ACERO

VALDEMAR / ES POP EDICIONES



VALDEMAR / ES POP EDICIONES

Título: *Acero*

Autor: *Todd Grimson*

Características: 14 x 21,5 cm. 272 páginas. Rústica con solapas

Precio: 17 €

ISBN: 978-84-937771-1-1

Publicado por Es Pop Ediciones

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

www.espop.es

info@espop.es

En coedición con Valdemar

Gran Vía, 69 - 28013 Madrid

www.valdemar.com

Pág. 1: Sinopsis

Pág. 3: Reseñas breves

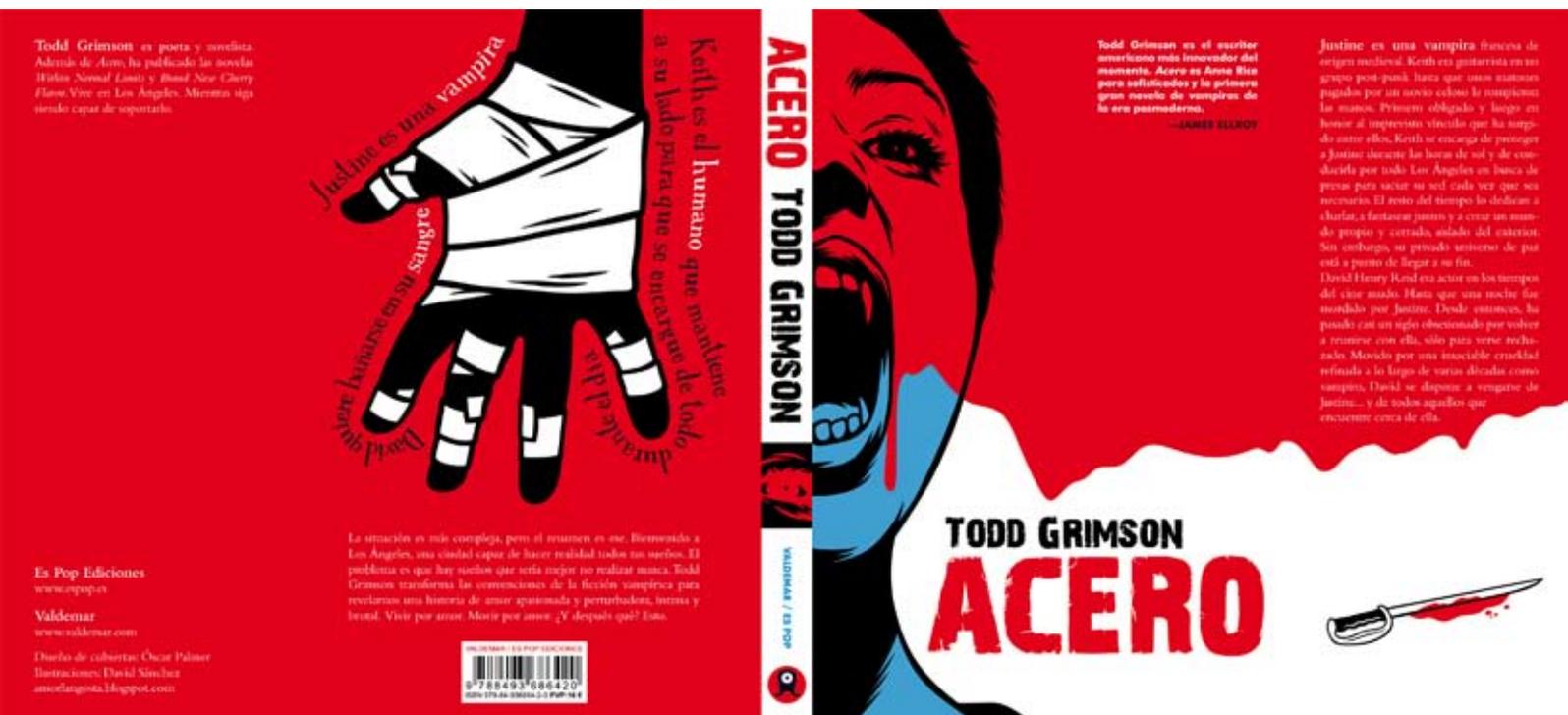
Pág. 4: Recortes de prensa

Pág. 8: Entrevista con el autor

Pág. 12: Portada

Pág. 13: Extracto del libro

Miniatura de la sobrecubierta



Todd Grimson es poeta y novelista. Además de *Acero*, ha publicado las novelas *Trilobes Naval Lami* y *Blond Nise Cherry Flaco*. Vive en Los Angeles. Miramos algo nuevo capaz de soportarlo.

Es Pop Ediciones
www.espop.es

Valdemar
www.valdemar.com

Diseño de cubierta: Óscar Palmer
Ilustraciones: David Sánchez
ano@angosta.blogspot.com

La situación es más compleja, pero el resumen es ese. Bienvenido a Los Angeles, una ciudad capaz de hacer realidad todos tus sueños. El problema es que hay sueños que sería mejor no realizar nunca. Todd Grimson transforma las conexiones de la ficción vampírica para revelar una historia de amor apasionada y perturbadora, torcida y brutal. Vive por amar. Muere por amor. ¿Y después qué? Esa.



9 788493 777111

Todd Grimson es el escritor americano más innovador del momento. *Acero* es *Annie Bita* para sofisticados y la primera gran novela de vampiros de la era postmoderna.

—JAMES ELLROY

Justine es una vampira francesa de origen medieval. Keith era guitarrista en un grupo post-punk hasta que unos músicos pagados por un novio celoso le rompieron las manos. Primero obligado y luego en honor al imperioso vínculo que ha surgido entre ellos, Keith se encarga de proteger a Justine durante las horas de sol y de conducirle por todo Los Angeles en busca de presas para saciar su sed cada vez que sea necesario. El resto del tiempo lo dedican a charlar, a fantasear juntos y a crear un mundo propio y cerrado, aislado del exterior. Sin embargo, su privado universo de post-ata y post-ata de llegar a su fin. David Henry Knight era actor en los tiempos del cine mudo. Hace que una noche fue mordido por Justine. Desde entonces, ha pasado con un siglo obsesionado por volver a reunirse con ella, sólo para verse rechazado. Morirá por una insoportable crueldad refinada a lo largo de varias décadas como siempre. David se dispone a vengarse de Justine... y de todos aquellos que encierran corra de ella.

TODD GRIMSON
ACERO



Sinopsis

Justine es una vampira francesa de origen medieval. Keith era guitarrista en un grupo post-punk hasta que unos matones pagados por un novio celoso le rompieron las manos. Primero obligado y luego en honor al imprevisto vínculo que ha surgido entre ellos, Keith se encarga de proteger a Justine durante las horas de sol y de conducirla por todo Los Ángeles en busca de presas para saciar su sed cada vez que sea necesario. El resto del tiempo lo dedican a charlar, a fantasear juntos y a crear un mundo propio y cerrado, aislado del exterior. Sin embargo, su privado universo de paz está a punto de llegar a su fin.

David Henry Reid era actor en los tiempos del cine mudo. Hasta que una noche fue mordido por Justine. Desde entonces, ha pasado casi un siglo obsesionado por volver a reunirse con ella, sólo para verse rechazado. Movidio por una insaciable crueldad refinada a lo largo de varias décadas como vampiro, David se dispone a vengarse de Justine... y de todos aquellos que encuentre cerca de ella.

La situación es más compleja, pero el resumen es ese. Bienvenido a Los Ángeles, una ciudad capaz de hacer realidad todos tus sueños. El problema es que hay sueños que sería mejor no realizar nunca. Todd Grimson transforma las convenciones de la ficción vampírica para revelarnos una historia de amor apasionada y perturbadora, íntima y brutal. Vivir por amor. Morir por amor. ¿Y después qué? Esto.

**¿Alguna vez has oído
la expresión “un destino
peor que la muerte?”**



TODD GRIMSON es poeta y novelista. Además de *Acero*, ha publicado las novelas *Within Normal Limits* y *Brand New Cherry Flavor*, cuyos derechos cinematográficos han sido adquiridos por Sigourney Weaver y 20th Century Fox. Vive en Los Ángeles. Mientras siga siendo capaz de soportarlo.

Reseñas breves

Todd Grimson es el escritor americano más innovador del momento, un maestro del noir, un brillante estilista de la prosa. *Acero* es Anne Rice para sofisticados y la primera gran novela de vampiros de la era posmoderna.

JAMES ELLROY, AUTOR DE *L.A. CONFIDENTIAL* Y *LA DALIA NEGRA*

Si Raymond Chandler o Flannery O'Connor hubieran escrito una novela de vampiros, podría leerse con la brutal y apasionada claridad de *Acero*. Grimson va pelando y explorando capa tras capa de corrupción hasta descubrir el corazón de una historia de amor devastadora.

KATHERINE DUNN, AUTORA DE *AMOR PROFANO*

Una historia de amor vibrante y sofisticada que parte de las convenciones de la ficción vampírica y las transforma sutilmente hasta que la existencia de los no muertos parece no sólo plausible, sino profunda.

DAVID L. ULIN, *LOS ANGELES TIMES*

Grimson mezcla las fantasías finiseculares de Anne Rice con la cultura alternativa del fin del milenio mediante pasajes de una lírica sublime.

DOUGLAS WINTER, *THE WASHINGTON POST*

Con los dientes firmemente clavados en el cuello del lector y la lengua asomando burlonamente entre los labios, Grimson aprovecha al máximo el sangriento mundo de fantasía del vampirismo.

LYNNE TILLMAN, AUTORA DE *AMERICAN GENIUS*

Recortes de prensa

UNA HISTORIA DE VAMPIROS POSTMODERNA

DAVID L. ULIN

LOS ANGELES TIMES

Es posible que en los 99 años transcurridos desde que Bram Stoker iniciara la historia moderna de vampiros con su novela *Drácula*, no haya surgido otro género de ficción codificado con mayor rigidez. Hasta el último escolar conoce la fórmula, el modo en el que los vampiros poseen un poder hipnótico sobrenatural sobre sus víctimas, a la vez que resultan vulnerables a las cruces, los ajos, las balas de plata y las estacas de madera clavadas en el corazón. A veces se diría que respetar los patrones y los esquemas establecidos fuera un modo de mantener estas oscuras y feroces fantasías a raya. ¿Cómo nos va a parecer realista, después de todo, una criatura cuyo reflejo no aparece en los espejos y que es incapaz de caminar bajo el sol?

Esta es la pregunta que Todd Grimson se ha propuesto responder con su segunda novela, *Acero*, una historia de amor vibrante y sofisticada que parte de las convenciones de la ficción vampírica y las transforma sutilmente hasta que la existencia de los no muertos parece no solo plausible, sino profunda. Centrada en la relación entre Keith, un antiguo guitarrista de rock y exdrogadicto de 28 años, y Justine, la vampira de Beverly Hills para la que prácticamente trabaja como sirvienta, *Acero* es en el fondo una historia que habla de las tenues relaciones que nos sostienen, de modo que incluso en las más nebulosas situaciones podemos alcanzar cierto tipo de gracia.

Keith y Justine habitan un mundo de sombras, que no es del todo humano pero tampoco sobrenatural, por el que inicialmente discurren como un par de fantasmas, “entre medias, vivos pero muertos”. Pronto, sin embargo, surge entre ambos un vínculo que va más allá de lo superficial, a medida que Keith comienza a abrirse y Justine busca el rastro perdido de su humanidad en los intentos de Keith por devolverla al mundo.

En muchos sentidos, *Acero* podría calificarse de historia de vampiros postmoderna, ya que Grimson juega con nuestras ideas preconcebidas con el equivalente literario de un guiño travieso. Los vampiros de *Acero* ven películas de miedo en la tele y Justine lleva “una pequeña cadena de oro con un crucifijo colgada del cuello, contradiciendo todos los mitos

vampíricos”. La inmortalidad, por supuesto, está sobrevalorada, y Justine reflexiona de la siguiente manera: “En muchos aspectos ninguna noche en concreto era más importante que la siguiente, de modo que olvidaba”. Y a pesar de que la novela no carece de salvajismo —encarnado principalmente por David, un vampiro cuyos viscerales placeres dan nuevo sentido a la expresión “deporte sangriento”—, Justine se muestra casi reacia en sus ataques, matando sólo cuando se ve obligada a ello, pero prefiriendo dejar casi siempre a sus víctimas con vida. Es uno de los elementos más atractivos de *Acero*: el vampiro con alma y conciencia que depreda entre los humanos no debido a un mal amorfo, sino porque está en su naturaleza alimentarse.

Esta idea, la del vampiro con conciencia, no es ni mucho menos nueva, pero al haberla tratado como un elemento tan esencial de su historia, Grimson consigue humanizar a Justine de un modo único y sorprendente. Especialmente a la hora de describir la relación que mantiene con Keith, juega continuamente con nuestras expectativas, utilizando su amor como el instrumento para la redención de Justine de unos impulsos a los que uno puede renunciar. “La mera idea de la existencia de Keith”, escribe Grimson, “basta para que Justine salga de toda su indolencia y desinterés: todo pasa automáticamente a ser más interesante, el mundo gana en colorido, se intensifica, contiene la posibilidad de ser feliz”. Aun así, el universo de Grimson posee una cosmología rigurosa que sigue sus propias reglas, y cada paso que Justine da hacia la humanidad va acompañado un paso atrás que debe dar Keith. Así, si el amor “está hecho de la materia de la que está hecho Dios”, el precio que debe pagar Justine es una vulnerabilidad cada vez mayor, un convencimiento de que Keith “es como ella. Lo ha envenenado. La herida sin cicatrizar, la suciedad de la carne, la negrura interior que comparten”.

En última instancia, por supuesto, y a pesar de las libertades que se toma con la tradición, Grimson acaba acomodando su novela a ciertas reglas. La historia crece hacia un enfrentamiento inevitable y sus personajes pagan por sus pecados. Pero lo que diferencia a *Acero* no es tanto su estructura narrativa como los detalles en el modo en el que se relacionan sus personajes, sus momentos de intimidad entre humano y vampira. Estos toques son los que le dan al libro su identidad, creando un marco de referencia en el que tales resonancias son, si no exactamente naturales, sí al menos orgánicas, parte y parcela de un plan mayor.

OSCURA E INTENSA: ACERO, DE TODD GRIMSON

GEMMA FILES

FEAR ZONE

Acero, de Todd Grimson, se abre con un interesante doble puñetazo. El capítulo uno es pura poesía brusca, un borroso sueño de Los Ángeles, descrito mediante un tiempo presente sensual y entrópico, que bien podría ser una página perdida de *Menos que cero*. Un hombre llamado Keith aguarda sentado en el jardín a una mujer llamada Justine, preguntándose si ella querrá salir esta noche, mientras recuerda vagamente sus manos, completamente vendadas. “En realidad a él no le apetece hacer nada, pero si hay algún motivo para ir a algún sitio también le parecerá bien. Vivirá. Eso es lo absurdo”.

Aquí, para contrastar, están los primeros párrafos del capítulo dos:

«Justine es una vampira y Keith es el humano que mantiene a su lado para que se encargue de todo durante el día. La situación es algo más compleja, pero el resumen es ese. Hace poco más de un año le mordió en el cuello. En aquel momento, él era yonqui. Antes de sufrir el «accidente» en las manos, tocaba con un grupo que tuvo un álbum de éxito. Se llamaban SMX. La novia de Keith se suicidó, sus manos quedaron atrocemente laceradas, desapareció de la vida pública y se convirtió en adicto a los analgésicos, luego a la heroína.

»Cuando Justine lo puso en trance, antes de morderlo, Keith percibió lo que estaba sucediendo y se sintió aterrorizado, por supuesto. Pero también, en cierto modo, enardecido: al menos iba a morir sabiendo que había portentos y prodigios en esta vida terrena; a pesar de que sólo fuera a tener un par de momentos para maravillarse, le parecía bien, aceptó la sorpresa. Pero los vampiros poseen un elevado sentido del gusto y a Justine nunca se le ocurriría tomar más que una pequeña muestra de sangre de un drogadicto o de un alcohólico o de alguien con una enfermedad en la sangre. De modo que le perdonó la vida, pero algo en su vínculo telepático la conmovió, le interesó, y se quedó con él, inyectándole una pequeña cantidad de «veneno» para mantener el lazo hipnótico. Pero no lo esclavizó, como podría haber hecho, como ha hecho en otras ocasiones.

»Quizá porque Keith amaba a una mujer muerta o quizá por-que ha conocido el dolor o, quizá, simplemente, porque era atractivo y ella se sentía sola. Le gusta».

Así de simple. Así de engañosamente simple.

Publicada originalmente por HarperPrism en 1996, *Acero* llegó en la cresta de una ola que comenzó con la línea Abyss de la editorial Dell... no exactamente *splatterpunk*, pero sí desde luego un nuevo tipo de horror, que tenía tanto en común con las novelas gráficas del sello Vertigo y viejos maestros de lo macabro y lo poético como Poe y Lovecraft, como con Anne Rice o Stephen King.

Lo que Grimson añadió a la mezcla fue una energía fatalista propia del rock garajero y de

la literatura alternativa; vida nocturna juvenil marcada por un estilo decididamente post-punk. Sus personajes van y vienen arrastrados por impulsos que no entienden lo suficiente como para resistirse, pero con los que tampoco se comprometen lo necesario como para escapar. [...] Una y otra vez regresamos a la naturaleza esencialmente decadente de la inmortalidad, especialmente para alguien como Justine, convertida en vampira cuando era una campesina medieval, que se ha pasado prácticamente toda su existencia entre que sacia sus apetitos y que el hambre vuelve a asolarla sin haberse molestado siquiera en dedicar algo de tiempo a aprender a leer. Grimson describe sus existencia nocturna mediante pinceladas dolorosamente precisas, mostrando simultáneamente lo plena que puede parecer en un microsegundo y lo vacía que está en realidad cuando se la toma como conjunto. Los capítulos intermedios en los que describe su encuentro con diversas víctimas (desde Richmond, Virginia, en 1830, hasta el Hollywood de los años cincuenta y más allá) son brillantes viñetas, lingüísticamente fieles a sus épocas, pero a la vez tan inmediatas, espontáneas y accesibles como el resto del libro... el cual, a su vez, ha acabado siendo también un perfecto retrato de su momento. Es curioso cómo suceden estas cosas.

La buena literatura, en cualquier caso, siempre estará de plena actualidad (o al menos eso esperamos). Como muestra un botón:

«Los colmillos de Justine están ahora completamente extendidos. En el dormitorio, iluminada por la mesita de noche, hace que Tamara se desnude. Keith se marcha o por lo menos hace ademán de ello, deteniéndose en la sala de estar, indeciso. Justine ayuda a la somnolienta Tamara, tirando de los pantis. Ésta queda tumbada de costado sobre la cama, en braguitas y un sujetador beige con encaje rosa. Justine la gira cuidadosamente hasta ponerla boca abajo y muerde en la vena azul tras la rodilla derecha. Es una sangre cálida y excelente. Sangre veloz, secreta.

»Tamara gime. Justine, apoyándose contra la pared, viendo la habitación como bajo un efecto estroboscópico, se echa a temblar, y lo siente cuando Keith, con tristeza pero implacable, corta con un cuchillo para conectar las mordeduras en una única herida, embadurnándose de sangre. El veneno azucarado tiene un efecto coagulante. La boca púrpura de la herida se hincha. Tamara se revuelve, vuelve a colocarse de costado y sube las rodillas, adoptando una posición fetal. Cuerpo cálido, íntimo, revelado. Con los ojos cerrados, dice: «Ay, ay». La boca de Justine gotea sangre. Keith se levanta, se vuelve hacia ella y le limpia la boca con las mangas de su camisa. Justine respira».

Cinematográfica, romántica y sensual, *Acero* va haciéndose, a medida que va pasando el tiempo, cada vez más fascinante, pero nunca menos perturbadora.

Entrevista con el autor

Han pasado trece años desde la primera publicación de *Acero*. ¿Cómo crees que destaca tu novela frente a esta nueva corriente de vampiros castos, adolescentes y asexuados que triunfa hoy en día?

No he seguido para nada toda esta última moda de narrativa vampírica, por lo que puede que en realidad sea mucho mejor de lo que parece a primera vista, aunque no es eso lo que me han contado. El caso es que, mientras la estaba escribiendo, estaba convencido de que *Acero* sería la novela que básicamente acabara con el género, que sería la última y mejor novela de vampiros de la historia. Sé que era una pretensión absurda, pero no me importa parecer absurdo.

En *Acero* salen vampiros y en *Brand New Cherry Flavor* zombis. ¿Qué cosas te aportan como escritor estos iconos del horror?

Empecé intentando sistematizar una cosa que en ocasiones me parecía haber logrado en algunos de mis cuentos, que era ser capaz de transmitir una sensación como de estar soñando despierto, pero en una narración más larga. Quería desarrollar una idea que entrara de lleno en lo que entonces consideraba un “realismo cinematográfico”, un concepto evidentemente emparentado con el “realismo mágico”, que podríamos describir de manera básica como La vida + Efectos especiales. Teniendo en cuenta que la imaginación de los lectores modernos está completamente infectada por el lenguaje y el vocabulario del cine, y que mis propios sueños suelen ser muy vívidos y cinematográficos, todo esto parecía tener cierto sentido. *Acero* tuvo su origen en un sueño. A medida que iba escribiendo la novela, la visión original se vio reforzada por otros sueños marcados por las imágenes que en aquel momento me obsesionaban.

¿Había un intento deliberado por tu parte de redefinir el género con *Acero*, o lo de los vampiros era sólo un buen modo de aportar un elemento de intensidad a lo que de otro modo podría haber sido una historia de amor bastante sencilla?

Quería escribir la última y definitiva novela de vampiros. Me leí todo lo que había en aquel momento y me tiré un mes rumiándolo. En *Entrevista con el vampiro*, Anne Rice tiene a tres vampiros que viven en Nueva Orleans a primeros del siglo XIX, cada uno de los cuales mata supuestamente a una persona cada noche. Eso son más de mil cadáveres al año en un momento en el que la población de aquella ciudad era mucho menor que la actual. ¿Y quieres decirme que nadie se da cuenta? Me pareció ridículo y, peor aún, nada interesante. ¿Cuánta sangre necesitarían consumir cada día? Yo había trabajado en una unidad de cuidados intensivos y estaba íntimamente familiarizado con la sangre y la muerte, por lo que empecé a pensar: ¿y si el vampiro evitara las reveladoras mordeduras en el cuello, poseyera un ligero poder hipnótico, no fuera igual de fuerte que un superhéroe y sólo extrajera la sangre justa para vivir? ¿Digamos la cantidad equivalente a un plato de sopa? La víctima sobreviviría la mayor parte de las veces. Comenté distintas posibilidades con un médico amigo mío. Existe una condición médica que requiere de frecuentes transfusiones de sangre, otra en la que el paciente puede padecer hipersensibilidad ante los rayos ultravioleta del sol. Se ha postulado que la acumulación de “agua pesada” en el cuerpo es lo que provoca el envejecimiento y finalmente la muerte. ¿Podría ser que una enfermedad tuviera un efecto secundario positivo, quizá relacionado con el bazo o con la glándula tiroides, que regulara el organismo? No es del todo imposible. Puede que no sea probable, pero al menos para lo que yo pretendía nos acercaba a un terreno de mayor realidad. En el libro apenas se hace referencia a ningún tipo de poderes sobrenaturales. Justine puede morir. Y si te muerde en el cuello, no mueres de inmediato. Ni siquiera el veneno de la serpiente de cascabel es tan rápido.

Para tratarse de una novela corta, utilizas muchos personajes y situaciones, creando un mosaico de narrativas, algunas de las cuales, como el episodio ambientado en los años cincuenta o el rodaje de la película en 1969, parecen casi cuentos cortos. ¿Te resultó difícil manejar todos los elementos sin perder de vista la historia principal?

No quería que Justine tuviera 400 años de sabiduría acumulada, ya que de ese modo no habría mostrado vulnerabilidad alguna, habría resultado imposible que la niña que lleva dentro sobreviviera. Justine es, en algunos aspectos, una criatura frágil, lo cual a su vez la hace sexy. Sufre de amnesia parcial. Para ella el pasado es como un sueño. También me parecía importante que creyera en Dios. Si crees en Dios, experimentas con mucha más intensidad la angustia en el momento en el que te convences de que te has condenado. Las escenas de *flashback* nos muestran hasta cierto punto a una Justine diferente. Primero imité el lenguaje y la atmósfera de Poe. Para la escena de Los Ángeles en los años cincuenta, adopté esa realidad intensificada propia del James Ellroy de *La dalia negra*. El episodio de los años sesenta es el Pynchon de *V* y mis propios recuerdos de películas como *The Trip*, pero en plan cruel.

Tu estilo narrativo es muy directo, pero extrañamente poético.

Mi único objetivo era ser preciso. No creo que mi prosa suela tender a ser florida. No me gustan demasiado, por lo general, los autores que gustan de exhibirse. Ese tipo de prosa acaba interponiéndose entre el lector y la desnudez de lo que se le está mostrando.

¿Cómo de importante era para ti que Keith fuera músico, y por qué?

Yo mismo he tocado mucho. Tocaba el piano. Recitales de piano, de hecho. Y también estuve en un grupo. Hasta que me dañé los nervios de la mano izquierda. De modo que todo aquello surgió de mi propia experiencia. Las manos heridas de Keith... sabía cómo se sentía. Y por otra parte, normalmente suelo escribir con los auriculares puestos mientras escucho algo preferiblemente ruidoso y a todo volumen... Luego ni siquiera me acuerdo de qué era lo que estaba escuchando.

Me da la impresión de que *Acero* podría leerse hoy en día casi como un tratado antropológico, ya que retrata a la perfección un momento y un lugar, Los Ángeles en los años noventa. No sé si estarás de acuerdo con esa lectura, pero me gustaría saber qué era lo que observabas a tu alrededor en el momento de escribir la novela que te llevó a crear ese ambiente tan bien descrito.

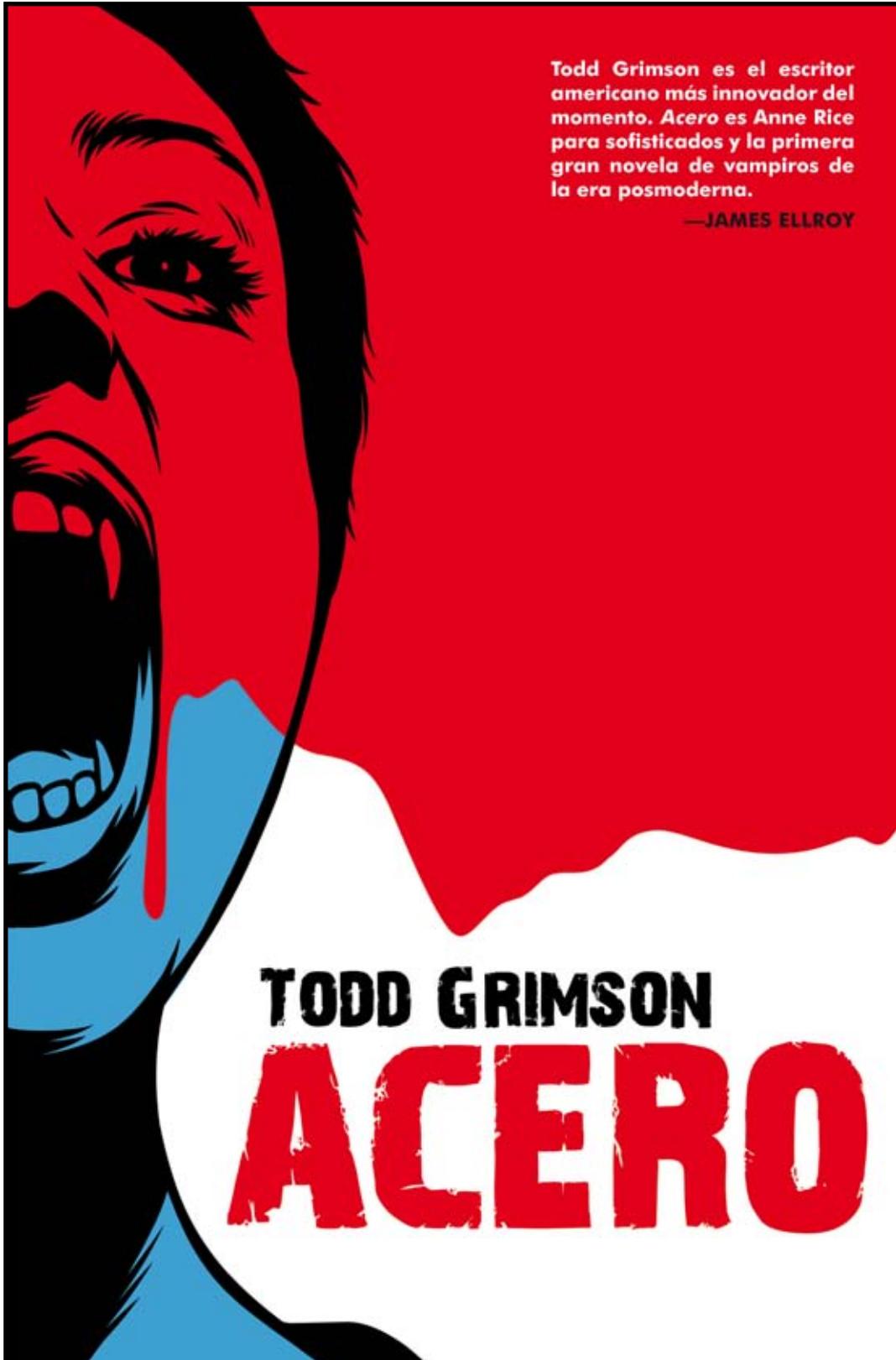
Escribí *Acero* justo después de *Brand New Cherry Flavor*, que es más satírica, menos emocional. En cierto modo me pareció como si estuviera haciendo una continuación de esa novela. Algunos de mis amigos se engancharon a la heroína, así que supongo que eso debió influirme aunque sólo fuera porque era algo de lo que estaba rodeado. Recuerdo haber ido a comprar caballo en compañía de yonquis más experimentados. Tan pronto como decidí a escribir la novela y a ambientarla en ese tipo de entorno, los demás elementos, como el grupo de chavales góticos, empezaron a encajar por sí solos. Pero desde luego mi intención no era escribir un gran comentario sobre el momento. Lo único que me preguntaba continuamente, una y otra vez, era: “¿Estoy consiguiendo que tenga sentido?”. Y me preocupaba mucho llegar a entender de verdad a Justine, que no es una joven moderna. Para ello, me empapé de la novela de Georges Bernanos *Diario de un cura rural* y también de la adaptación al cine que de ella hizo Robert Bresson. También vi *La pasión de Beatriz*, de Bertrand Tavernier, más de cien veces. Los últimos dieciséis minutos de esa película retratan un ritual misterioso y perfecto que no dejó de conmoverme ni una sola vez, a menudo hasta el borde de las lágrimas. Y a continuación me ponía a escribir, justo después de ver el primer plano de su rostro, cuando está perdida y se da cuenta de que ha quedado condenada para siempre.

Si no me equivoco, llegaste a vender los derechos cinematográficos de *Acero*, pero al final nadie hizo nada con ellos. ¿Qué ha pasado con eso?

Lise Raven, que es una cineasta independiente, escribió un tratamiento e intentó ponerlo en marcha durante años, pero todos los grandes estudios no hacían más que decirle que ya tenían otra película de vampiros en marcha. Tanto Lise como mi agente, Lisa Callamaro, les decían: “¡Pero vamos a ver, si tenéis aquí todo los elementos posibles para hacer la película definitiva de vampiros!”. Pero hasta ahora no ha servido nada. Yo todavía tengo esperanzas de que algún día hagan la película, no sólo porque me parece que podría ser una buena película sino porque eso podría llevar a más gente a leer el libro. Sigourney Weaver y 20th Century Fox compraron los derechos de *Brand New Cherry Flavor* a cambio de bastante más dinero, pero en mi opinión sería una película más complicada de rodar. *Acero* sin embargo podría rodarse tal cual. Bastaría usar los diálogos del libro. No haría falta ni un solo plano de efectos digitales. Sólo un par de actores desconocidos y ser capaz de contar la historia de una manera sencilla y directa.

Pues ya que hablamos de cine, ¿cuáles son tus tres películas de vampiros favoritas?

Los viajeros de la noche, *Conde Yorga*, *vampiro* y *Drácula de Bram Stoker* (la de Gary Oldman).



Todd Grimson es el escritor americano más innovador del momento. *Acero* es Anne Rice para sofisticados y la primera gran novela de vampiros de la era posmoderna.

—JAMES ELLROY

TODD GRIMSON
ACERO

TODD GRIMSON

Azero

VALDEMAR / ES POP NARRATIVA

TÍTULO ORIGINAL:

Stainless

HarperPrism

Nueva York, 1996

1ª EDICIÓN: MARZO 2010

*Al autor le gustaría extender un agradecimiento especial a
Ruth Witham y a Jane Galen*

Publicado por

ES POP EDICIONES

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

www.espop.es

En coedición con

VALDEMAR [ENOKIA S.L.]

Gran Vía, 69 - 28013 Madrid

www.valdemar.com

© 1996 by Todd Grimson

© 2010 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez

© 2010 de esta edición: Valdemar / Es Pop

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Ana García de Polavieja Embid

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:

Huertas

Impreso en España

ISBN: 978-84-937771-1-1

Depósito legal: M-4739-2010

La luz del sol se entrelaza con la de la tarde. Aire inmóvil, suave, muerto. Keith no sabe qué hora es, qué día. Las sombras fluctúan y él olvida por un momento... hasta que intenta coger un vaso y ve el vendaje. Opta por volver a olvidar, haciendo un esfuerzo consciente por ignorar sus manos contorsionadas.

En este jardín hay flores, hibiscos rojos, lavanda y jazmín, y más allá varios cactus repartidos entre las rocas. A la cabeza le viene una canción. Una melodía vagamente familiar, a pesar de que él nunca la haya tocado. No es capaz de seguirla hasta el final. Se le escapa. Se desvanece y luego vuelve a comenzar, tras una momentánea interrupción, nuevamente desde el principio.

¿Qué es lo que oyen los sordos? Probablemente no sea sólo silencio, no; deben de oír todo tipo de ruidos. Zumbidos, roncneos, leves bramidos. Susurros, siseos, un murmullo y, quizá, el mar, las mareas de la sangre. Una orquesta soñadora y constante, ensayando lenta y eternamente, en las lejanas espesuras del sistema nervioso.

Se levanta una brisa que le toca por un instante, una mano fantasma, y Keith se plantea volver adentro. Se pregunta si Justine saldrá esta noche. En realidad a él no le apetece hacer nada, pero si hay algún motivo para ir a algún sitio también le parecerá bien. Vivirá. Eso es lo absurdo.

Justine es una vampira y Keith es el humano que mantiene a su lado para que se encargue de todo durante el día. La situación es algo más compleja, pero el resumen es ese. Hace poco más de un año le mordió en el cuello. En aquel momento, él era yonqui. Antes de sufrir el «accidente» en las manos, tocaba con un grupo que tuvo un álbum de éxito. Se llamaban SMX. La novia de Keith se suicidó, sus manos quedaron atrocemente laceradas, desapareció de la vida pública y se convirtió en adicto a los analgésicos, luego a la heroína.

Cuando Justine lo puso en trance, antes de morderlo, Keith percibió lo que estaba sucediendo y se sintió aterrorizado, por supuesto. Pero también, en cierto modo, enardecido: al menos iba a morir sabiendo que había portentos y prodigios en esta vida terrena; a pesar de que sólo fuera a tener un par de momentos para maravillarse, le parecía bien, aceptó la sorpresa. Pero los vampiros poseen un elevado sentido del gusto y a Justine nunca se le ocurriría tomar más que una pequeña muestra de sangre de un drogadicto o de un alcohólico o de alguien con una enfermedad en la sangre. De modo que le perdonó la vida, pero algo en su vínculo telepático la conmovió, le interesó, y se quedó con él, inyectándole una pequeña cantidad de «veneno» para mantener el lazo hipnótico. Pero no lo esclavizó, como podría haber hecho, como ha hecho en otras ocasiones.

Quizá porque Keith amaba a una mujer muerta o quizá porque ha conocido el dolor o, quizá, simplemente, porque era atractivo y ella se sentía sola. Le gusta. Pasan muchas noches charlando, sentados juntos en el sofá. A ella le resulta difícil describirle su pasado, pues su memoria no es buena, olvida muchas cosas. Tiene grandes lagunas y en ocasiones lo único que es capaz de recordar de lo que podría haber sido toda una vida es una simple escena o la imagen de una habitación.

No necesita tanta sangre humana como para tener que matar cada noche. A menudo, de hecho, hechiza a quien sea, le muerde en la muñeca o tras la rodilla o en un pie... toma únicamente una pequeña cantidad, disimula la herida con una incisión o dos, provoca amnesia en la víctima... la cual no sufre más secuelas que un «desvanecimiento» y una herida leve, sin daños permanentes. El hechizo se disipa.

Ocasionalmente, sin embargo, debe matar. Es un imperativo de su ser, un imperativo de la extraña especie a la que tanto tiempo lleva perteneciendo. Y si una criatura semejante existe en la Naturaleza, ¿acaso no tiene derecho a vivir? Cuando mata, por lo tanto, no se siente culpable. Es una manifestación de la Muerte que, al mismo tiempo, al ser inmune, vive al margen de ella. No envejece y de esta manera sigue conservando una frescura, quizá incluso una inmadurez. Parece joven, más joven que los veintiocho años de Keith. Esbelta, pálida, de melena negra y grandes ojos oscuros. Los colmillos sólo emergen cuando está a punto de morder, pero siempre son ligeramente prominentes, lupinos y puntiagudos.

La de hoy es una noche húmeda y cálida, y mientras están tumbados juntos sobre el sofá, la piel de Justine permanece fría al tacto de la de Keith.

—Estás helada —dice él.

—¿Te incomoda? ¿Es una molestia?

—No, me gusta. Es una sensación agradable.

La casa no tiene aire acondicionado. Hay ventiladores en el techo, pero zumban ligeramente al girar. Y cuando todo está en silencio, ¿quién quiere tener que soportar un zumbido? A Keith no le molesta el aire recalentado, el aliento de esta habitación.

Le ha estado contando a Justine su fatídico romance con Renata Spengler. «La supermodelo de las piernas, Renata Spengler». Justine es especialmente curiosa y a él le apetece contarle cosas que no le ha contado jamás a ningún otro.

—Cuando volví a Estados Unidos, no hacía más que pensar en una imagen que se me había quedado grabada en el cerebro, estaba convencido de haberla visto en algún sitio pero no conseguía recordar dónde. Era una fotografía de Renata, desnuda, con el pelo púbico afeitado y una mano saliéndole de la vagina... o una mano en vez de vagina. E imaginaba que había estado dentro de ella, que me había agarrado y me había llevado a su interior, entero y verdadero, como si hubiera entrado en otra habitación... No lo sé, probablemente no haya buscado bien, pero he sido incapaz de encontrar la foto, así que no sé, a lo mejor sencillamente me lo he inventado.

—Volviste —dice Justine—. ¿Por qué la acompañaste a Venezuela?

—Dijo que tenía que ir al funeral de una amiga de la infancia. Había ido a la escuela en Caracas cuando tenía ocho o nueve años. Y había vuelto en un par de ocasiones. Tuvo un novio, el hijo del propietario de Maracaibo Oil. Gilberto.

—Y fue él quien hizo que te rompieran los dedos.

—Eso creo. Por lo que sé.

—Lo siento —dice Justine, acariciándole levemente la frente y pasando luego la mano sobre su pelo corto.

—*Quiero* hablarte de Renata. No pasa nada. El funeral fue por ella. Quiero decir, que la amiga de la infancia era ella misma. Sólo estuvimos juntos, de manera intermitente, nueve meses. Realmente no la *conocía*, y si estaba enamorado de ella era con esa clase de amor ardiente e ignorante que no te deja tiempo para pensar y aclarar las ideas. Sé que estaba bien jodida, que tenía la autoestima por los suelos, que era una mentirosa y una masoquista y todo eso. Pero tampoco es que vaya uno por ahí haciéndole pruebas a todo el mundo para ver si son dignos de su amor. Es una magia química o eléctrica, y antes de darte cuenta estás demasiado metido como para recordar cómo se respira.

Keith vacila, descubriéndose repentinamente reticente (para

su sorpresa) a enumerar las aventuras de Renata, consecuencia del aborrecimiento que sentía por sí misma. Le parecen demasiado sórdidas, demasiado sensacionalistas. De modo que no dice nada, por ahora. No hay prisa. Los fríos dedos le acarician ausentes. Keith no quiere contarle lo de aquella vez en Cannes en la que Renata se fue a la cama con una famosa actriz francesa e hizo que la atara y le orinara encima. A continuación pasó la siguiente noche con un rapero negro que había intervenido en una película de gánsters.

Renata voló al día siguiente hasta Ámsterdam, para reunirse con Keith, de gira con SMX. En la habitación del hotel, después de haber follado, ella le contó lo que había estado haciendo, usando su cuerpo. Quería incitarle a que la golpeara, él lo sabía, y Keith recuerda su sensación de desesperanza infinita al observarla, aguardando su respuesta con mirada expectante, dolorida e insolente. Jon Jon, le dijo, no follaba tan bien como él, pero tenía la polla mucho más grande. Keith la abofeteó, con fuerza, deseando que echara a llorar y todo acabara ahí, pero ella quería una escena más brutal. Le dijo que le odiaba, que él en realidad no la amaba, y en esta ocasión se resistió con todas sus fuerzas, haciéndole sangre en la boca con un codazo perdido mientras él, sintiéndose como un violador, intentaba inmovilizar su cuerpo encrespado. Puede resultar más difícil intentar inmovilizar a alguien sin hacerle daño que usar todas tus fuerzas para sacudirle.

Abyectamente, más tarde, después de haber agotado todas las lágrimas, ella gimoteó implorando su perdón, diciendo que si él no la amaba no le quedaría nada más en el mundo, ningún motivo para vivir. Era grotesca, decía. Me odio a mí misma. Tengo demonios. Quiero morir.

Keith dice:

—No estaba preparado para manejar sus problemas. No sabía cómo salvarla. En realidad ni siquiera quería, en cierto modo. Me molestaba que hiciera de sus problemas algo más dramático

que los míos. Después de todo, yo también había tenido que soportar una infancia desdichada, sobre la cual ya te he hablado. Sobreviví. Pero... en mis relaciones con las mujeres, estaba acostumbrado a ser el artista perturbado. Eso era lo que... Oh, no sé, iba a decir que eso era lo que le había atraído a Renata de mí, pero en realidad creo... no creo a estas alturas decirlo con vanidad, ni tener motivo para sentirla... pero creo que conectamos a un nivel mucho más profundo que ese. Casi de inmediato. Como si hubiéramos pasado la infancia juntos. Había tanto que nunca tuvimos que decir... Sencillamente lo *sabíamos*.

Keith vuelve a ver a la muchacha muerta mientras habla, vívidamente, ve sus ojos, Renata girándose para mirarle desde el otro extremo de una sala atestada de gente, ese destello, *somos una única mente*, sólo por un momento, evanescente pero real. ¿Qué aspecto tenía Renata? ¿Qué aspecto tiene cualquiera que haya aparecido en las portadas de *Mademoiselle*, *Elle* y *Vogue*? Pómulos, labios carnosos, dientes perfectos, ojos grises como nubes cambiantes, en movimiento, teñidas de azul. En su rostro mil expresiones. Era alta, con el pelo castaño, unas piernas preciosas, senos aumentados sobre el costillar, su vientre... una mano surgiendo de la elástica hendidura. ¿La mano de quién? ¿Es femenina? ¿Es la de ella?

Sí, sopesa Keith dubitativamente. La fotografía es en blanco y negro y parece antigua, como si hubiera sido tomada en un imposible 1913. La tenue, tentadora sonrisa de la modelo. El pelo húmedo y aplastado hacia atrás. Su cuerpo es decididamente moderno, no anterior a la Primera Guerra Mundial.

Sus manos. En la semioscuridad, Keith se arriesga a tocar a Justine cuando ella no puede mirar y verle la mano. Su mano izquierda quedó aún peor, torpe y parcialmente insensible. Ninguna de las dos tiene mucha fuerza, ambas le provocan un calvario si las usa largo rato. Le cuesta abotonarse la camisa.

¿Cuánto sabe Justine? Es difícil decirlo. A veces parece muy

perceptiva y sutil, más que cualquier otra persona que él haya conocido. Sin embargo, hasta cierto punto, Keith está especulando, porque ella es prácticamente inarticulada y, en ocasiones, puede llegar a parecer francamente simple, como un animal. Falta de comprensión. Pasando de la abstracción a una especie de estado horripilante en el que te mira sin verte, en el que si hablas estás convencido de no ser oído. Y sin embargo es capaz de moverse aun sumida en tal condición. Cuando se pone así, Keith piensa que es muy posible que acabe matándolo. Ha decidido que si llega el momento no luchará, no se resistirá.

—¿Por qué te culpó Gilberto del suicidio de Renata? Debía de ser consciente de cómo era ella.

—Sí —responde Keith—. Ella fue un tormento para él... Estoy convencido. Lo visitó, en una ocasión, estando conmigo en Inglaterra. Él estudiaba en la School of Economics de Londres.

—Sintió celos de ti —dice Justine—. Ella lo volvió loco.

Keith escucha. Justine bosteza y sus colmillos reflejan la luz con un resplandor blanco y destellos de verde. Es el amarillo de la luz. Toda la estancia parece envuelta en sombras ocres y oro fundido.

Es una habitación espaciosa, de techo alto. La mesita baja es de cristal esmerilado. A la derecha hay un gran cuadro, geométrico, dos hexágonos radiales en una perspectiva no del todo frontal, con cantidad de rascaduras y rayas negras sobre una especie de fondo verde turquesa, con rojo ladrillo y crema mugrienta.

Justine lleva puesto un vestido corto. Cuando se eleva dejando al descubierto sus muslos, la piel parece excesivamente vulnerable, tan desnuda y tan blanca.

—¿Qué? —dice ella, mirándolo de repente, sonriendo, después de que hayan pasado un largo rato en silencio.

Él menea la cabeza, se encoge de hombros. Justine extiende la mano para coger su vaso de agua, se lo lleva a los labios y le da un cuidadoso sorbito.

—Tengo un recuerdo —anuncia—. Acabo de verlo. Estaba en un campo, con mi hermana, Fleur. Se nos han ensuciado los vestidos. El sol brilla... Sí, alzo la mirada y ahí está, no puedo creerlo, el sol es... una estrella, blanca y brillante. El cielo es azul. Ah, mierda. Quisiera decir más, pero me lo estaría inventando.

Los hexágonos parecen a punto de caer de su marco metálico.

3

El horror de la situación no se le escapa. Su posición es la de servir a Justine como su trasgo, su familiar, su «Igor», ayudándola a depredar sobre el mundo. Es como si ella fuera su dominante y él un esclavo. Si alguien conociera su obediencia, lo despreciaría. Si los aldeanos irrumpieran en el castillo armados con teas, como en una vieja película en blanco y negro, lo matarían sin pensárselo dos veces.

¿Qué debería hacer con ella? La pregunta absorbe toda su energía espiritual de un modo que la adicción a la heroína nunca lo hizo. En comparación, aquello era saludable. Comprensible, teniendo en cuenta sus manos rotas, la pérdida de su carrera. Había sido una debilidad, él era débil, pero esto es malsano.

Ahora comprende el desasosiego radical provocado por la figura del no muerto; cómo, al no ser en realidad ni una cosa ni otra, intranquiliza a todo el mundo. Entiende perfectamente la ansiedad experimentada al ver al vampiro medrar. El modo en el que puede acabar generando la impresión de que debe ser destruido si algún día ansías recuperar la paz.

Pero Keith no espera encontrar paz alguna en su interior, nunca ha estado en paz, a menos que se estuviera engañando a sí mismo, o era una paz impuesta de manera artificial, en forma de heroína. Entonces su reino interior era sereno, verdes prados con ovejas y árboles y un cielo azul y nubes algodonasas. Un paisaje que, en la vida real, sólo ha visto de muy lejos.

Una especie de visión concentrada de la felicidad, lo suficientemente sencilla, no demasiado distinta de la de cualquier otro. La heroína aliviaba su dolor físico y la congoja, simplificaba las cosas. Todo parecía estar bien en el mundo, veía las cosas bajo una luz positiva y optimista. Por supuesto, tras el bajón, al despertar al día siguiente bordeando el síndrome de abstinencia, se convertía en un manojito de nervios y veía todos los multiformes y dolorosos detalles que le habían pasado desapercibidos estando colocado.

La vida era simple entonces. Quizá fuera estúpida, inútil y despreciable, pero tenía una tarea asignada. Necesitaba encontrar más heroína antes de empezar a desmoronarse. Todo pasaba a ser horrible a medida que el mono se apoderaba de él. Todo dolía, todo le provocaba ganas de vomitar. Inyectarse caballo en aquellas circunstancias era como regresar de entre los muertos. Eso es una exageración, pero la euforia era tan dulce, tan celestial...

Keith se pregunta si a Justine le pasa igual. Si, más que mantenerla viva por toda la eternidad, lo que hace la sangre fresca es colocarla. Una noche se lo pregunta y ella guarda silencio durante largo rato antes de responder con candidez:

—¿Te refieres a si me emborracha?

Parece haberla desconcertado genuinamente el que él lo haya adivinado o que tenga valor para sacar el tema. Keith nunca sabe cuándo se hace la *faux-naïf*. Nunca, quizá.

—Sí —responde ella—. No todas las veces.

—A veces sencillamente te deja sobria.

—Sí.

Keith la besa en la mano. Es un gesto irónico o eso le parecería a cualquier otro, pero es que además le apetece besarle la mano. Le gusta Justine. En cierto modo —aunque probablemente sea una impresión falsa por su parte— le parece tímida. Él se toma ciertas libertades por ello.

No muertos. Los dos están entre medias, vivos pero muertos.
No muertos.

Keith escucha música en casetes acelerados de tal manera que una cara de cincuenta minutos acabe en la mitad de tiempo. Se pone unos auriculares y permanece tumbado, esperando a que caiga el sol. Un silencio particular se impone cuando el ardiente sol rosado se oculta bajo la lejana línea que marca el fin del mundo, un silencio en el que los pájaros callan por un instante, los perros dejan de ladrar, ese momento en el que los ojos del vampiro se abren, a salvo de la luz.

Keith escucha música, afuera, a velocidad normal. Aguarda. No tiene pensamientos. Sumido en un estado de desasosiego.

4

Desde que empezó a limpiar la casa, Consuela ha sentido curiosidad por estas puertas cerradas. Lleva viniendo una vez a la semana, todos los lunes por la tarde, desde hace tres meses. No es más que otra casa cara en Beverly Glen. Pero estas puertas cerradas...

Consuela ha intentado verlas desde fuera, pero el interior queda oculto por unas espesas cortinas de color ciruela, unas cortinas que siempre están echadas. La única persona a la que siempre ha visto aquí ha sido a un joven yanqui, atractivo, de unos veinticinco años... pero no es el propietario, según tiene ella entendido. Sólo está cuidando la casa. Por lo que Consuela ha visto, duerme hasta bien avanzada la tarde. Le pasa algo en las manos.

Es afable, es amistoso. Le dirá a Elvis que no le haga daño. Bastantes problemas va a tener ya. La vigilarán muy de cerca cuando se enteren de que ha habido un robo en una de sus casas, ya ha pasado por eso con anterioridad. No quiere saber nada de violencia. Por otra parte... en fin, en Los Ángeles hay

mucho crimen y esta casa no es que tenga precisamente un gran sistema de seguridad; a diario roban otras muchas mucho más protegidas que esta. No existe un «patrón». Tampoco es como si todas las casas en las que limpia Consuela fueran a sufrir robos antes o después.

A esta casa... le ha llegado el momento, eso es todo. Elvis tiene problemas, necesita dinero con urgencia, de modo que finalmente ella ha accedido: «Mira, puede que sepa de un sitio en el que hay muchas cosas».

Nunca serán capaces de demostrar nada. La mayor parte de este tipo de crímenes siempre se resuelven porque alguien canta a cambio de una reducción de condena (eso cuando se resuelven, cosa que en la mayoría de los casos no pasa). En este caso nadie va a hablar. Los hermanos Rodríguez son primos de Elvis, y son inseparables desde que eran críos. Usarán su camión y el suegro de Víctor Rodríguez será quien se encargue de revender el material.

Consuela ni siquiera conoce a los ricos propietarios de la casa, nunca los ha visto, y el tipo que se pasa el día dentro, sí, vale, tiene las manos jodidas, ha debido de pasarle algo, pero incluso así, tampoco es pobre... Mira qué preciosidad de casa le han prestado mientras se recupera.

No es que se sienta precisamente orgullosa de ello, pero al menos su comisión le vendrá bien y en ocasiones no está de más hacer alguna que otra maldad. Una vez que se te ha ocurrido, y sabes que es posible, cuando pasas a tenerlo todo en cuenta tampoco parece tan arriesgado. Desde que se lo mencionó a Elvis... ha pasado a ser un poco como estar en una película, trabajando de infiltrada, fingiendo que todo sigue igual. Hace que el resto de la semana sea un poco más excitante, aguardando a que llegue el momento de volver aquí. Elvis le ha prestado una pequeña cámara de fotos y ella, discretamente, como una espía, ha gastado todo un carrete.

En cualquier caso sigue resultándole frustrante no ser capaz de echarle un vistazo a esas habitaciones cerradas. ¿Qué tesoros se ocultarán tras sus puertas?

Consuela estudia todos los muebles y objetos de arte con una nueva mirada, evaluando en el comedor las ocho sillas Luis XIII de respaldo alto, el servicio de mesa de peltre, las grandes esculturas, que arrojan intrincadas sombras sobre las paredes. Se vuelve con ojo crítico hacia uno de los muchos cuadros, que podría acabar en Sudamérica, Miami o Guadalajara.

Le gusta mucho en particular, en el estudio, la alfombra besarabiana, azul oscura, dorada y burdeos, y en el dormitorio el biombo de doce pliegues pintado con una escena de las Cruzadas. Un botín maravilloso, *destinado* a ser robado, a viajar misteriosamente por todo el mundo.

Una vez afuera, Consuela entra en su coche y enciende un cigarrillo. Dentro de la casa no tiene permitido fumar ni utilizar disolventes excesivamente olorosos. Se pone nerviosa cuando ve a Keith surgir de entre las sombras, observándola, cerrando la puerta electrónica mientras ella se aleja en el coche. Es una casa inmóvil y silenciosa. Consuela siente una punzada de miedo.

5

A varios kilómetros de Richmond, Virginia, en abril de 1837, James Robert Ward continuó caminando a buen ritmo en dirección a su casa. Ya había oscurecido bastante y calculaba que todavía le quedaban unas dos horas o quince kilómetros por delante. Era un enérgico y saludable mozo de veintiún años, acostumbrado a caminar y a dar largos paseos. Ahora, tras haber pasado varias horas caminando solo, sus preocupaciones anteriores se han desvanecido al fin, siendo la principal entre todas ellas un malentendido surgido entre él y su quisquilloso cuñado —de cuya riqueza dependen en cierta manera tanto él como

su madre viuda—, y sus pensamientos se han centrado en la contemplación de su último encuentro con Ermina, de la cual está enamorado. Los rizos de su pelo, el encanto de su sonrisa carente de toda afectación... estudiaba todos y cada uno de sus rasgos a la luz del Amor Universal y Redentor. ¡Oh, si tan sólo su amor fuera realmente recíproco, no habría obstáculo que no pudiera superar!

Por ejemplo, estaba convencido de que, en su ausencia, su hermana estaría esforzándose ahora por ablandar a su marido, para hacerle ver qué favor tan nimio sería el ayudar a James a establecerse por su cuenta. Una vez solucionada esta cuestión material, James sería libre para solicitar la mano de Ermina. Él ya le había declarado su amor mediante poemas, y a pesar de que ella aún no había dicho que su emoción fuera correspondida, estaba convencido de que así sería... ¡Había visto la respuesta en sus ojos relucientes!

James era un optimista. Todo saldría bien. Ahora ya era noche cerrada. La carretera que seguía se había internado en un pequeño bosque cuyos árboles formaban con sus copas un palio que oscurecía las estrellas. El aire parecía sobrenaturalmente inmóvil, y James se sorprendió a sí mismo pensando, sólo por un instante, en fantasmas. Y luego, con un terror más real, quizá por más concreto, en esclavos fugados. El día anterior había visto una partida de esclavos recién llegados, engrilletados e infelices, preparados para ser enviados al otro lado de las montañas, al río Ohio. Como si fueran maíz, tabaco, barriles de arenques o jamones. Tales eran las mercancías con las que negociaba su cuñado. James surgió del oscuro corredor a un espacio más abierto, bajo el cielo. Sintió cierto alivio. Y sin embargo, qué extraño, no se oía otro sonido al margen de sus amortiguadas pisadas. El día había sido ventoso, tanto que se había alegrado de llevar consigo su gran abrigo de Marsella, pero ahora todas las absortas ramas permanecían perfectamente inmóviles.

Siguió avanzando, observando atentamente todo cuanto le rodeaba, pero no vio absolutamente nada que temer. Se relajó y empezó a disfrutar del silencio. Era una noche poética, mágica.

Pero entonces... En un primer momento le costó creerlo, pero luego percibió, sin lugar a dudas, allí plantada, mirándole fijamente, la presencia de una mujer joven. Evidentemente, le había visto. ¡De hecho, parecía como si le hubiera estado esperando! Ella avanzó hasta el lindero de la dehesa y él se aproximó para recibirla, preguntándose si necesitaría su ayuda.

La joven, pálida y melancólica, vestía de luto, y de tan delgada como era parecía huérfana cuando no tísica, a pesar de su larga melena negra y de sus ojos húmedos y ardientes. Dedicándole una sonrisa nerviosa a James, dijo:

—Disculpe, caballero, pero debe usted ayudarme. ¿Podrá hacerlo? Rezo porque sea usted capaz de ello.

—Sí —dijo James, sintiendo cierta atracción combinada con temor—. ¿De qué se trata? Sí, la ayudaré en todo cuanto me sea posible.

—Acompáñeme entonces —dijo ella, cogiéndolo de la mano, y él dejó caer su garrote y la siguió. Tenía la mano *muy fría*. ¡Tan fría! James olió violetas o raíz de orris, y súbitamente el viento empezó a soplar con violencia, arrastrando las hojas.

—¿De qué se trata? —repitió mientras ella le conducía hacia el bosque, pero ni siquiera supo si lo había dicho en voz alta o únicamente dentro de su cabeza. Ella se volvía hacia él a cada tantos pasos, con una sonrisa aflagada, y James experimentó una aguda sensación de que algo iba *mal*, sin embargo se sentía tan adormilado que no fue capaz de resistirse. Una indefinible promesa de horrenda y prohibida voluptuosidad parecía aguardarle más allá, cuando penetraron en el bosque.

Se detuvieron en un claro. Estaba tan oscuro que James únicamente podía ver la palidez del rostro y las manos de la muchacha. De repente sintió pavor, un pavor irrefrenable, en

el momento en el que ella le miró, con mucha menos timidez, directamente a los ojos. Amablemente le tocó el rostro con sus heladas manos.

James sintió que caía, lentamente, cada vez más despacio, desfalleciendo, y un gato o alguna otra criatura semejante le mordió punzantemente en el cuello, quiso quitárselo de encima, pero descubrió que le resultaba imposible.

¡Oh, por favor, si al menos fuera capaz de mover aunque únicamente fuese una mano! ¡O por lo menos pronunciar algún sonido, aunque sólo fuese llorar como un niño o chillar como un ratón!

... tan pesado y febril, su cuerpo era tan pesado que debería hundirse en la tierra, más pesado que el plomo y ahora ardiendo, fundido, fundido como una nueva amalgama, una alquimia impía transformaba todo su ser mientras el cielo caía sobre él como un enjambre, y él se deshacía en partículas, ciego, flotando hacia el firmamento.



VALDEMAR / ES POP EDICIONES

INFORMACIÓN ADICIONAL

info@espop.es